



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

UDGVIRTUAL | Diseño educativo

Este material no tiene costo alguno y es proporcionado al estudiante con fines educativos, para la crítica y la investigación respetando la reglamentación en derechos de autor.

El **uso indebido** es responsabilidad del usuario.

Montenegro, Walter (2001); "Comunismo"
en Introducción a las doctrinas político económicas (breviarios); ed. FCE;
Colombia; pp. 160-206.

¶ *Fundamento ideológico.* ¶ *Antecedentes históricos.*
 ¶ *el Manifiesto Comunista.* ¶ *Las Internacionales y la Revolución Rusa.* ¶ *Lenin.* ¶ *Trozkismo y Stalinismo.*
 ¶ *La URSS.* ¶ *Dictadura del proletariado y Partido Comunista.* ¶ *La República Popular de China, Cuba y Chile.* ¶ *La "Nueva Izquierda".* ¶ *Glosa.*

LA PIEDRA angular de la doctrina comunista es la propiedad "común" o colectiva de los instrumentos de producción —y por ende la negación del derecho a la propiedad privada de los mismos— y la rebelión de las clases desposeídas contra las clases poseedoras. De ahí que los historiadores del comunismo encuentren los antecedentes de esta teoría en todas las ideas y hechos que, a través de la historia de la Humanidad, significan una negación del derecho a la propiedad privada o una forma de subversión contra los órdenes políticos, sociales y económicos fundados en aquélla y erigidos sobre una estructura clasista.

Con este criterio, Max Beer,¹ cita como a uno de los precursores a Licurgo que, en Esparta, hacia el siglo IX a.c., legisló, entre otras cosas, contra el acaparamiento de las riquezas por parte de unos pocos en desmedro de los demás y sustituyó las monedas corrientes de oro por otras de hierro, de gran tamaño y peso, que dificultaban el atesoramiento.

Más tarde, también en Esparta, el rey Agis IV, indignado por los abusos de la oligarquía, quiso restablecer la legislación austera y justiciera de Licurgo, propuso la redistribución de bienes empezando por re-

¹ Max Beer, *Historia general del socialismo y las luchas sociales.*

partir sus tierras y otras propiedades personales así como las de su madre, e incitó a los demás a que siguieran el ejemplo. Algunos lo hicieron, pero el plan encontró gran resistencia entre la oligarquía espartana y Agis fue destronado y arrestado. Se le pidió que retirase su proyecto de reforma agraria como condición para salvar su vida. Agis se negó y fue ahorcado junto con su madre, adquiriendo así la categoría de "primer mártir" de esta causa.

En Atenas encontramos a Platón que, en *La república*, propone la comunización de todos los bienes, inclusive las mujeres.

En Roma son las masas las que forjan el siguiente eslabón, en la larga y ensangrentada cadena de las luchas sociales, mediante sucesivas rebeliones de esclavos que se levantaron en busca de libertad e igualdad. En 187 a.c., 7 mil esclavos fueron crucificados por este motivo. 20 mil sufrieron igual pena en Sicilia, y más tarde Espartaco, el más famoso de los caudillos "esclavistas", encabezó la gran insurrección que costó el ajusticiamiento de otros 6 mil.

Cristo hoy símbolo de la lucha contra el comunismo— ha sido muchas veces citado como precursor de esta doctrina, por su prédica igualitaria y de desprendimiento de los bienes terrenales (*véase el capítulo del socialismo cristiano*). Pero la ética cristiana inspirada en la renunciación, la paciencia y la humildad es diametralmente opuesta a la bandera reivindicacionista y al método subversivo del comunismo.

Entre los Padres de la Iglesia, se cita a Justiniano que preconizaba la comunidad total de bienes; a Tertuliano, para quien la justicia debía entenderse como la participación de todos los hombres en todos los bienes del mundo, con exclusión de las mujeres; y a Juan Crisóstomo, quien sostenía que "es imposible enriquecerse honradamente".

Entre las postrimerías del feudalismo y la inicia-

ción de la Edad Moderna, numerosas rebeliones de campesinos (como la insurrección de Flandes en 1300 y las revueltas de aldeanos en Francia e Inglaterra—especialmente la célebre encabezada por John Ball—) dan testimonio del descontento de las masas y de su propósito, que encierra más violencia que dirección y más pasión que eficacia, de buscar soluciones desesperadas para el problema del desequilibrio socioeconómico.

Así llegamos hasta mediados del siglo XIX, época de la más grande trascendencia en el desarrollo de las corrientes socialistas. Es cierto que ya los utopistas habían criticado severamente el régimen de la propiedad privada y el orden social de su tiempo. Pero al concluir la primera mitad del siglo citado, cuando el desarrollo incontrolado del capitalismo individualista hacía sentir sus efectos, el fermento revolucionario latente buscaba formas de expresión y vías de realización más concretas e inmediatas (véase el capítulo del marxismo).

Con la Revolución Industrial, cinco elementos hasta entonces desconocidos intervienen en la alquimia del fenómeno económico social: 1) Los nuevos instrumentos de producción: las máquinas, las fábricas. 2) La burguesía, clase que, habiendo desplazado a la nobleza de sangre, posee los nuevos instrumentos de producción. 3) El proletariado, clase mayoritaria que, en beneficio de la burguesía, trabaja manejando las máquinas y puede, hipotéticamente, ser devorado por éstas. 4) El salario, precio del trabajo del proletariado. 5) El capital, producto pecuniario del trabajo y de las utilidades que éste produce, que a su vez sirve para adquirir más máquinas y más trabajo humano.

Al proletariado ya no le bastaban, en esas circunstancias, los nobles planteamientos ni las esperanzas que le ofrecían los utopistas. La máquina, al acelerar el ritmo de producción, había acelerado también an-

gustiosamente el desarrollo del fenómeno político y social.

La "Liga Comunista" de Alemania, que anteriormente se llamó "Liga de los Justos" y "Liga de los Comunes", encomendó a Karl Marx y Friedrich Engels la redacción de un documento que, sintetizando los principios de la ideología marxista, prescribiese las normas mediante las cuales dichos principios deberían llevarse al campo de la acción política.

El resultado de esa labor fue el *Manifiesto comunista* que se publicó en 1848 y que desde entonces, y a través de las múltiples interpretaciones que de él se han hecho, sigue siendo la proclama fundamental del comunismo en el mundo.

Después de enunciar sintéticamente algunos conceptos básicos de la teoría marxista, el *Manifiesto* hace una acerba crítica del orden capitalista; de la propiedad privada ("en todo caso, nueve décimas partes de la población no la tiene"; de la concentración de riquezas en manos de unos pocos (la burguesía) y de la miseria de los más (el proletariado), etc. Luego descarta a la clase media como posible instrumento de lucha, porque la clase media no se identifica con el proletariado sino que tiende a sumarse a la burguesía. Seguidamente, el *Manifiesto* declara que el proletariado y sólo el proletariado puede y debe realizar la gran transformación. ¿Por qué medios? Por la acción revolucionaria, para conquistar el poder político, ya que la burguesía no se avendrá a desprenderse voluntariamente del gobierno que no es sino un instrumento suyo.

Analizando la sociedad capitalista, el *Manifiesto* se refiere a la familia y dice que, "bajo el régimen burgués", la familia no es tal, sino un conglomerado en el que los padres explotan a los hijos y los hijos hacen usufructo de los padres, así como los maridos de sus mujeres y viceversa; que el trabajador no tiene, en verdad, familia, puesto que ella está desnaturalizada

en sus fines y desintegrada, al cabo, por las implacables necesidades de la vida: la mujer y los hijos, desde su más tierna edad, deben trabajar y son anquilados por la mala alimentación, la falta de unidad del hogar, el peso del trabajo en la fábrica, la corrupción derivada de la miseria y otras calamidades semejantes.

(Esta crítica de ciertas condiciones imperantes en aquel entonces es interpretada a veces como una negación de la familia en general.)

En cuanto a la patria, ésta es apenas una ficción para los proletariados, ya que no tienen patria alguna, en el verdadero sentido del vocablo ("¿Qué les da la patria?"); sólo se deben, por consiguiente, a una solidaridad de clase; sin fronteras; las miserias y las aspiraciones de los de su clase, esparcidos por todo el mundo, unen a los proletarios entre sí, sin distinciones nacionales que carecen de realidad.

Consumada la toma del poder político —continúa el *Manifiesto*— deberá establecerse la dictadura del proletariado, para realizar la transición del sistema capitalista a la sociedad sin clases del futuro. Esa dictadura hará entre otras cosas, lo siguiente: abolir la propiedad privada de la tierra y de los demás instrumentos de producción, y aplicar la renta de la tierra a los gastos de orden público; crear un fuerte impuesto progresivo a la renta; abolir el derecho de herencia; confiscar los bienes de los reaccionarios; centralizar el crédito en manos del Estado; centralizar y controlar los medios de comunicación y transporte, multiplicar las fábricas del Estado y otros instrumentos colectivos de producción, y mejorar la productividad de la tierra de acuerdo con un plan colectivista; proclamar la obligatoriedad del trabajo y crear ejércitos industriales y agrícolas; combinar las explotaciones agrícola e industrial con tendencia a abolir las diferencias entre el campo y la ciudad; instituir la educación pública obli-

gatoria y gratuita para todos los niños; prohibir el trabajo de los niños; armonizar los planes de educación y de trabajo, etcétera.

Concluye el *Manifiesto* diciendo: "Los comunistas declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente... los proletarios sólo tienen sus cadenas que perder y un mundo que ganar. ¡Proletarios del mundo, uníos!"

Pero debían pasar todavía alrededor de 70 años antes que llegase la oportunidad de hacer un experimento práctico con este plan. Tentativas como la revolución de 1848 en París, alzamiento obrero que fue sofocado a costa de 10 mil vidas, o la *Commune*, otro golpe comunista, realizado en Francia al concluir la guerra franco-prusiana, en 1871, no fueron sino balbuceos fracasados, premonitorios de la prueba decisiva.

El trabajo de preparación estuvo a cargo de las "Internacionales" (organizaciones socialistas internacionales de trabajadores). La primera se constituyó en 1865, en Londres, bajo la dirección del propio Marx; en el desarrollo de las labores de esta Internacional se separaron de los marxistas ortodoxos los anarquistas de Bakunin. La segunda fue fundada en 1889, en París; duró hasta el comienzo de la primera Guerra Mundial y en el curso de su existencia se desmembró la rama del socialismo evolutivo o reformista de Bernstein. La tercera quedó instituida en Moscú, en 1919, bajo el control del comunismo soviético. Y la cuarta, la *trotzkista*, tuvo sedes sucesivas en varias ciudades de Europa y América, después que Trotzky fue desterrado de Rusia en 1923.

La prueba decisiva para el comunismo —y quizá para el hombre de este tiempo— es la Revolución Rusa. Al concluir la segunda década de nuestra centuria, Rusia era uno de los países más atrasados de Europa. Imperaba allí un régimen monárquico absolutista, en

lo político, y de características feudales en lo económico y social. El liberalismo de los siglos XVIII y XIX apenas tocó a Rusia. Y las nuevas tendencias revolucionarias sólo se tradujeron en acciones terroristas incoherentes y negativas como aquellas de que fue protagonista el nihilismo (véase el capítulo del anarquismo). A fines del siglo XIX se formaron partidos de filiación socialista como el Social Revolucionario que pronto se dividió en dos bandos, los mencheviques o minoría, y los bolcheviques o mayoría, de espíritu más radical que el primero.

Rusia formó parte de la alianza contra Alemania en la primera Guerra Mundial. La ineptitud y corrupción del gobierno del zar Nicolás II condujeron a la nación al borde del desastre. El hambre y el desaliento prepararon el terreno para la rebelión. Los alemanes, que percibieron esta situación, ayudaron a los tres caudillos comunistas exiliados en Suiza, Lenin y sus lugartenientes, a entrar subrepticamente en Rusia y preparar la revuelta. En marzo de 1917, después de una huelga que paralizó al país, se produjo la abdicación del zar (más tarde asesinado con toda su familia), y subió al gobierno, por espacio de cuatro meses, el príncipe Luvov, quien fracasó en su propósito de instaurar un régimen democrático parlamentario. Fue sucedido por Kerensky, con los mencheviques, también incapaces de dominar la situación. En noviembre (octubre según el calendario ruso antiguo), tomó el poder Lenin, con sus bolcheviques, cuyo lema era: "Paz, tierra y pan." Y a principios de 1918 Rusia firmaba el armisticio de Brest-Litovsk con Alemania.

Desde 1918 hasta 1921 se desarrolló una terrible guerra civil en que los comunistas ("rojos") encabezados por Lenin y Trotzky, lucharon contra los "ejércitos blancos" (rusos anticomunistas ayudados por tropas mercenarias y voluntarias de toda Europa). Vencieron finalmente los comunistas. Pero Rusia, agotada por la

campana contra Alemania y por la guerra civil, estaba al borde del colapso, mientras se ponían en práctica, bajo el imperio de la primera Constitución soviética, los principios del *Manifiesto comunista*.

En 1921, Lenin adoptó la llamada Nueva Política Económica (NEP) consistente en la restauración parcial del sistema de la libre empresa en pequeña escala; se permitió el restablecimiento de ciertas industrias bajo control privado, se legalizó el comercio minorista, etc., con objeto de sostener la vida del pueblo mientras se preparaban los planes del futuro ("un paso atrás para dar dos adelante", dijo Lenin).

Se ha afirmado que sólo la aparición de Cristo y el cristianismo produjo una conmoción comparable a la creada, en el campo político, por el binomio Marx-Lenin.

Ni los más enconados enemigos de Lenin le niegan la categoría del genio. Este personaje de apariencia modesta, cuyo verdadero nombre era Vladimir Ilich Ulianov, nacido en el seno de una familia perteneciente a la burguesía, es el padre del comunismo marxista-leninista y padre de la Revolución Rusa.

Producto característico de su dual personalidad de ideólogo y conductor político fue el haber creado, por una parte, una verdadera mística en torno al dogma marxista, mientras que por otra ductilizó la interpretación de ese dogma cuantas veces lo creyó necesario, para aplicarlo a las características del fenómeno político que le tocó encarar. Ejemplo de ello es que si bien la teoría marxista prescribía un país altamente industrializado, de capitalismo sobresaturado y con un gran proletariado como condición precisa para el estallido de la revolución proletaria, esa revolución fue realizada por Lenin en Rusia, país semifeudal, casi sin industrias ni proletariado y con una enorme masa rural.

Una contribución específica de Lenin a la doctrina marxista consiste en haberla adaptado a las condicio-

nes del "capitalismo imperialista" que en aquel entonces empezaba a madurar los rasgos de su fisonomía propia, definidos por el mismo Lenin en estos términos: "Concentración de la producción y el capital, llevada al extremo de crear monopolios que desempeñan un papel decisivo en la vida económica. Fusión del capital bancario con el capital industrial y creación sobre la base de este 'capital financiero', de una oligarquía financiera. Exportación de capital (diferente de la exportación y mercancías) que adquiere importancia especial. Formación de capitales monopolistas, que se reparten el mundo. División territorial del mundo por parte de las más grandes potencias capitalistas."²

Las guerras modernas, y concretamente la primera de ellas, en 1914, se convierten en una simple fase del desarrollo capitalista, como un medio de expansión o un recurso para evitar las crisis o para salir de ellas. La crueldad inhumana de la guerra imperialista constituye una razón más para unir a la clase proletaria "por encima de las fronteras nacionales", en la misma forma que el capitalismo financiero, que empieza a crecer en función de intereses monopolísticos nacionales y acaba por rebasar las fronteras.

¿Cuál debe ser la posición del proletariado ante tales guerras? De abstención respecto a "las ficciones nacionales"; y debe tratar de convertir la guerra imperialista en una guerra civil, en una guerra de clases, que precipite la gran revolución mundial.

Lenin creía que las guerras anteriores a 1914 fueron guerras de "liberación de nacionalidades" en las que todavía pudo y debió tomar parte el proletariado, a manera de avanzar un poco más en el camino de la transformación político-social del mundo.

² Lenin, *Imperialismo*. Cita tomada de A. Gray, *The socialist tradition from Moses to Lenin*.

(En cuanto al término "imperialismo", anotaremos, por vía ilustrativa, que, aparentemente, lo empleó por primera vez en su moderno sentido el economista inglés John A. Hobson, nacido en 1858, como título de un libro en el que señalaba y criticaba la expansión colonialista y la guerra como resultado inevitable del crecimiento desmesurado del capitalismo. Corresponde también a Hobson la paternidad de aquella interesante fórmula según la cual el capitalismo está condenado a perecer, porque los ricos que pueden gastar y consumir los bienes producidos son muy pocos, mientras que los muchos que podrían consumir son muy pobres: "¡Sería ideal que un millón de personas que tuviesen una libra esterlina por persona comprasen cada una un par de zapatos, pero no es posible pensar que el hombre que tiene un millón de libras compre un millón de zapatos!")

Sobre la obra de Lenin, es difícil encontrar una definición mejor que ésta: "El leninismo es el marxismo de la era imperialista y de la revolución proletaria. Para ser más exactos, el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, y la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular."³

A la muerte de Lenin, en 1924, el sucesor lógico parecía ser León Trotzky, por su alta categoría intelectual y por su obra durante la revolución; pero fue brusca e inesperadamente desplazado por un oscuro luchador, José Stalin, cuyas distinciones se perfilan mejor en el campo de la acción que en el del pensamiento. Se fugó —se dice— hasta siete veces de Siberia, a donde le habían llevado sus actividades conspiratorias durante el régimen zarista, y en el periodo de la guerra civil fue el brazo derecho, implacable, de Lenin, quien solía enviarlo a los frentes rojos que ce-

³ Stalin, *Fundamentos del leninismo*.

dían. Y poco después recibía un telegrama lacónico que decía invariablemente: "Fusilé expertos, situación mejora." Los "expertos" eran los militares profesionales cuya falta de fervor revolucionario, según Stalin, era la causa del desastre. Pero además de su energía tuvo también, por lo visto, gran habilidad política y poquísimos escrúpulos. Sólo así se explica que hubiera podido eclipsar al otro ideólogo y caudillo sobresaliente de la revolución. Tortszy, asesinado muchos años más tarde en su refugio en México.

Bajo el régimen de Stalin, la NEP llegó a su término en 1928, porque para entonces se tenían ya listos los llamados Planes Quinquenales, destinados, con el tiempo, a transformar los despojos de la Rusia zarista, en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) de hoy, una de las dos más grandes potencias del mundo.

Los planes fueron científicamente preparados e inexorablemente puestos en práctica. La simple falta de cumplimiento de la cuota de producción asignada a una fábrica significaba la "liquidación" de su director, y según el propio Stalin, en declaración hecha a Winston Churchill, la reforma agraria costó la vida a cerca de 10 millones de campesinos "reaccionarios". "Fue espantoso; duró cuatro años", dijo. Se empezó por dotar a Rusia de las fuentes de energía y materias primas esenciales y se alcanzaron, a la postre, los grados más avanzados de producción industrial.

La segunda Guerra Mundial interrumpió el Tercer Plan Quinquenal dedicado, en buena parte, a la manufactura de artículos de consumo. El ataque de Hitler a Rusia en 1941 (después de una alianza oportunista con Stalin) situó a la URSS junto a los Aliados. Cuando el ejército rojo derrotó a los nazis en Stalingrado, se había dado un primer paso hacia la victoria final aliada. Al empezar la disputa del botín de guerra, murió Stalin en 1953, concluyendo así la carrera del

campesino georgiano que, desde asaltador de trenes para nutrir las arcas del partido comunista, ascendió a la posición de mayor poderío alcanzada por hombre alguno en la historia, en términos de extensión territorial y de número de hombres sometidos a su férreo dominio: cerca de una cuarta parte de la superficie de la Tierra y casi un tercio de su población total.

La controversia entre el stalinismo y el trozkismo se originó cuando, a la muerte de Lenin, Stalin tomó el poder y proscribió a Trotzky. Este último había sido uno de los ideólogos de la revolución; su prestigio interno e internacional era indudablemente mayor que el del primero, opaco, pero eficaz hombre de acción tanto en el periodo prerrevolucionario como durante la guerra civil. No es, pues, aventurado afirmar que a la controversia doctrinal precedió el hecho consumado de que Stalin había conquistado ya el poder. Fue más tarde, *a posteriori*, cuando se elaboró la "ideología" stalinista.

El antagonismo trascendió los límites puramente teóricos relacionados con la interpretación de los principios marxistas, y se tradujo en hechos reales (la conducción de la política de la URSS), cuyas consecuencias se han proyectado hasta nuestros días y se dejarán sentir en el futuro.

En efecto, de acuerdo con Trotzky, Rusia debió haber llevado a término la revolución completa hasta instaurar el régimen propiamente comunista; y debió emplear todas sus fuerzas y recursos para propagar y consumir la revolución en todo el mundo (la llamada "revolución permanente").

En cambio, con Stalin, Rusia se estacionó en la etapa de la "dictadura del proletariado" o "socialismo de Estado" tal como el propio Stalin definía al régimen imperante en la Unión Soviética. El objetivo stalinista era fortalecer a Rusia como potencia nacional utilizando todos sus recursos y posibilidades para difundir

desde allí el comunismo. A esto llaman los trozkistas "la revolución traicionada".

¿Cuáles eran las perspectivas si Rusia hubiera seguido el camino de Trozky? Los trozkistas creen que no se habría producido la segunda Guerra Mundial porque los proletariados europeos, debidamente adoctrinados y dirigidos, se hubieran negado a participar en la guerra, ni como combatientes ni trabajando en las fábricas de pertrechos bélicos. "Sin la inyección de la guerra", el capitalismo estaría hoy al borde de su ruina y el mundo a un paso del comunismo universal.

En cambio, los stalinistas sostienen que la segunda Guerra Mundial dio la razón a Stalin. Esa guerra no se habría evitado, como no se evitó la primera. Y si Rusia no hubiese estado preparada como gran potencia militar, Alemania la habría arrollado sin dificultad alguna; el foco de expansión futura del comunismo estaría definitivamente destruido.

La lucha entre ambos sectores fue implacable. En la Unión Soviética se persiguió al trozkista con tanta saña como al revisionista y al reaccionario, y en el resto del mundo la beligerancia entre trozkistas y stalinistas tuvo el mismo grado de encono. El trozkista no ha perdido casi toda vigencia organizada, aunque algunos ideólogos de izquierda, sobre todo jóvenes, que consideran a la URSS una potencia hoy reaccionaria, se adhieren al concepto trozkista de la "revolución permanente".

A la muerte de Stalin y después de un corto periodo de tiempo en el que Giorgi Malenkov desempeñó las funciones del Primer Ministro, asumió el mando el mariscal Nikolai Bulganin, a cuyas espaldas gobernaba el verdadero "hombre fuerte" de la Unión Soviética, el Secretario General del Partido Comunista. En este caso Nikita Jruschiov.

En el XX Congreso del Partido, celebrado en Moscú en febrero de 1956, y ante un auditorio atónito,

Jruschiov pronunció el largo y memorable discurso en el que "demolió" a Stalin. De la interminable serie de acusaciones que lanzó contra el difunto dictador extractaremos las siguientes: Errores garrafales en el planeamiento y ejecución de la política agraria e impositiva; errores que pudieron haber costado la vida a la Unión Soviética en la dirección atrabiliaria de algunas operaciones militares de la segunda Guerra Mundial; y lo más grave, la consagración del "culto personal" que indujo a Stalin a endiosarse, a considerarse infalible ("creyendo que así servía a los intereses del partido, de las masas trabajadoras y de la revolución; ¡en eso reside toda la tragedia!") y a establecer un régimen de "represión en masa" sin justificación posible.

Añadió Jruschiov que ciertas medidas de "represión extrema" fueron necesarias en los primeros tiempos del régimen soviético ("Lenin las consideró indispensables") para salvar a la Rusia roja que era "como una fortaleza asediada y cercada por el capitalismo". Explicó que, en aquel periodo, Stalin prestó "grandes servicios al Partido". Pero que pasada esa época en la que hasta las discrepancias de Bujarin, Plejanov y Zinoviev fueron combatidas en un terreno puramente ideológico después de lo cual "Lenin hizo lo posible para retenerlos en las filas del Partido"; y derrotado ya como había sido el trozkismo, no tuvieron razón de ser las represiones en masa de los años 1935, 36 y 38 en la que aquellos altos dirigentes y muchos otros como Kamenev, Kirov, Koramov, Kaminsky, etc., e innumerables jefes militares (el mariscal Tukchachevsky y su grupo) fueron liquidados, previa aplicación de métodos de "aniquilación moral y física" "contrarios a la legalidad revolucionaria", para obtener sus "confesiones", casos que se repitieron varias veces hasta poco antes de morir Stalin.

De este modo —continúa el texto del discurso de

Jruschiov— se violó el principio “colectivo” y “democrático” de la conducción del Partido (“compuesto de obreros, campesinos e *intelligentsia*”) sustituyéndolo por una dictadura personal “despótica y brutal” (los comunistas rusos contemporáneos conocieron en el XX Congreso, por primera vez, aquel documento en que el propio Lenin, al subrayar la arbitrariedad característica de Stalin, ponía en guardia al Partido sobre los peligros que entrañaba el darle una posición preeminente); se cometieron “flagrantes violaciones de la legalidad revolucionaria”; y se privó al partido de valiosos elementos directivos, así como a Rusia de jefes militares cuya falta pudo haber significado la derrota en la segunda Guerra Mundial.

El estallido de esta bomba oratoria, con la que se inició el proceso de “desestalinización” en el Congreso de Moscú, repercutió en el mundo entero.

Los países de la órbita soviética (Rumania, Bulgaria, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, etc.), presenciaron la caída automática de los gobernantes cuyos regímenes se habían identificado con la política stalinista. En el seno de los grandes partidos comunistas de Francia e Italia, la sacudida tuvo caracteres sísmicos. Palmiro Togliatti, el líder comunista italiano, pidió una interpretación “marxista” del stalinismo. Pietro Neni, jefe de los socialistas de extrema izquierda, atacó la base ideológica de la “dictadura del proletariado” e inició poco después la ruptura de su alianza de muchos años con los comunistas. Hubo tentativas de escisión en el comunismo francés. Por sobre el embrollo de la controversia doctrinal, se alzó una pregunta: ¿Por qué el propio Jruschiov, así como Bulganin, Malenkov, Molotov, Mikoyan, Kaganovich y otros antiguos camaradas y colaboradores inmediatos de Stalin no lo habían denunciado antes? ¿Por qué se complicaron con aquellos errores y abusos incalificables?

El Comité Central del Partido Comunista de la URSS tuvo que explicar, en un comunicado oficial, primero, que la “desestalinización” no significaba una fractura en la unidad de la ideología marxista-leninista, ni en el plan de acción política del comunismo. Segundo, que los antiguos colaboradores de Stalin no pudieron hacer nada, a) porque Stalin estaba poseído de tal delirio de persecución y había organizado su mecanismo de represión de tal forma, que “bastaba una mirada mal interpretada por él para ser aniquilado”; b) porque Stalin había desempeñado un papel tan importante en la “construcción del socialismo” y el éxito de esa construcción había sido tan grande, que habría sido imposible obtener el apoyo del pueblo para derrocar al dictador; c) porque, tanto en el momento en que se encaraban las grandes dificultades que entrañaba el poner en pie a la Unión Soviética, como cuando poco después sobrevino la segunda Guerra Mundial, el derrocamiento de Stalin habría podido ocasionar la ruina de la obra revolucionaria; d) porque muchos de los crímenes de Stalin sólo se conocieron después de su muerte.

Un último paso del proceso de “demolición” de Stalin (hasta sus retratos y estatuas empezaron a desaparecer de los lugares públicos) fue la disolución del Cominform, organismo creado por el dictador que centralizaba y coordinaba las actividades del comunismo internacional.

Los partidos comunistas del mundo acabaron por acatar, a regañadientes, el nuevo evangelio soviético. Para evitar futuros riesgos del “culto personal”, se habló de que se adoptaría el concepto del “policentrismo” o sea que no habría uno sino varios centros directores del pensamiento y la acción comunistas.

Pero esta aceptación oficial no consiguió sino disimular superficialmente las profundas grietas abiertas en el edificio comunista. A los dirigentes y mili-

tantes comunistas, que durante años habían estado haciendo prodigios de dialéctica para justificar la política de Stalin, no les fue fácil admitir, de pronto, que todo cuanto dijeron estaba equivocado; que todos sus razonamientos no habían hecho sino encubrir una montaña de yerros y crímenes.

Quizá nadie expresó mejor aquel drama, particularmente agudo en el caso de los intelectuales, que el escritor norteamericano y comunista Howard Fast, quien en un patético artículo publicado por *The Daily Worker*, órgano oficial del comunismo en Nueva York, dijo refiriéndose al discurso de Jruschiov: "Es un extraño y tremendo documento, quizás sin paralelo en la historia, y uno debe reconocer el hecho de que contiene, en detalle, un testimonio de barbarie y de sed de sangre que será recuerdo perdurable y vergonzoso para el hombre civilizado..." Refiriéndose a la Unión Soviética, y reprochándose no haber ejercido un sentido crítico más severo respecto a ella, continúa: "Sólo vi un país que había conquistado el socialismo, y no logré ver que conquistar el socialismo y abandonar el sacro derecho del hombre a su propia conciencia, a su dignidad, a su derecho de decir lo que quiere y cuando quiere, a defender valientemente la verdad, tal como él la entiende y sin temor a nadie, esté en lo cierto o en un error, no es victoria alguna... Nunca volveré a aceptar como cosa justa dentro del socialismo aquello que sé que es injusto. Nunca volveré a callar cuando vea una injusticia..."

El régimen de Nikita Jruschiov tuvo características muy personales. Su temperamento exuberante pareció abrir una ventana en el hermetismo que cercaba a la URSS desde los tiempos de la Revolución y muy particularmente en la época de Stalin. Hubo una liberalización notable en el trato de los artistas e intelectuales soviéticos. Jruschiov hizo tentativas semejantes para aflojar en cierta medida el centralismo

económico. No quiere decir eso, empero, que la línea maestra de la política soviética se hubiese ablandado. Con la misma dureza con que Jruschiov se sacó un zapato y golpeó su pupitre en medio de un debate de la Asamblea de las Naciones Unidas, aplastó sin misericordia un movimiento por el que se trató de dar cierta autonomía a la República satélite de Hungría en 1956. La brutal represión significó la vida de 25 mil húngaros y otros 220 mil tuvieron que huir.

Insensiblemente y con una tónica diferente se volvió al "personalismo" tan criticado en Stalin. Ese personalismo significó, entre otras cosas, que Jruschiov hizo experimentos "intuitivos" en materia económica, que no dieron buenos resultados sobre todo en la agricultura. Estas razones determinaron su caída, en un golpe de Estado, pacífico, el año 1964 para ser sustituido después de algunos cambios internos por Nikolai Podgorny como Presidente, Alexei Kosygin, Primer Ministro y Leonid Brezhnev, Secretario General del Partido Comunista, régimen vigente hasta hoy. Es característico el hecho de ser el Secretario General quien verdaderamente gobierna, firma los tratados y, en suma, ejerce el poder.

El actual Gobierno (1973) es avalado por los soviólogos como la combinación político-tecnocrática que mejor se acomoda a las necesidades de la URSS que debe jugar, a veces con manifiesta dificultad, su doble papel: superpotencia nacional, con intereses económicos comparables a los de cualquier país capitalista, y centro de irradiación del comunismo hacia el mundo.

La URSS es una unión federal de 16 Repúblicas autónomas, 5 regiones autónomas y 10 "comarcas nacionales". La unidad política es el "soviet" (consejo). Hay minúsculos soviets hasta en los últimos villorios, y también soviets de soviets.

El Consejo Supremo de los soviets es una especie

de parlamento federal en el que están representados unos 70 mil soviets de las provincias y las repúblicas (las repúblicas tienen, en pequeño, una organización similar). Cuando el Consejo Supremo no está en el periodo de sesiones, sus funciones son ejercidas por el Presidium, designado por el Consejo y compuesto de 37 miembros. Hasta aquí el Poder Legislativo.

Elegido por el Consejo Supremo o el Presidium, el Consejo de los Comisarios del Pueblo (o Gabinete) ejerce el Poder Ejecutivo, con un Primer Ministro a la cabeza.

Una Suprema Corte con cortes de distrito y juzgados regionales y locales, constituye el Poder Judicial.

Esto es lo esencial en cuanto a organización administrativa del Gobierno soviético. El régimen político tiene su inspiración en los siguientes conceptos que no dejan lugar a dudas sobre quién gobierna y cómo se ejerce el gobierno.

“La dictadura es el poder basado directamente en la fuerza y no restringido por ninguna ley. La revolucionaria dictadura del proletariado es el poder ganado y mantenido por la acción violenta del proletariado contra la burguesía; poder que no está restringido por ninguna ley”.⁴

“Mientras exista el Estado no habrá libertad. Cuando haya libertad no habrá Estado.”⁵

Una resolución de la Tercera Internacional define en esta forma al Partido Comunista y su papel en la URSS: “El Partido Comunista es parte de la clase trabajadora; la parte más avanzada, con mayor conciencia de clase y, por consiguiente, la más revolucionaria. El Partido Comunista está formado por los mejores y los más inteligentes obreros, aquellos que tienen el mayor espíritu de sacrificio y el punto de vista más

⁴ Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*.

⁵ Stalin, *op. cit.*

avanzado. El Partido Comunista es una palanca política bien organizada, mediante la cual la parte más adelantada de la clase trabajadora conduce al proletariado y a la masa semiproletaria en la dirección correcta.

Al presentar el proyecto de la Constitución Soviética de 1936, Stalin confirmó de este modo el monopolio político del Partido Comunista y la dictadura del proletariado. “Debo admitir que el proyecto de la nueva Constitución mantiene el régimen de la dictadura del proletariado, así como mantiene, inalterada, la actual posición conductora del Partido Comunista de la URSS. Un partido es parte de una clase; su parte más avanzada. Varios partidos y, como consecuencia, la libertad para la actuación de los partidos, pueden existir solamente en una sociedad donde hay clases antagónicas cuyos intereses son mutuamente hostiles e inconciliables. En la URSS hay solamente dos clases —obreros y campesinos— cuyos intereses, lejos de ser mutuamente hostiles, son más bien amistosos. Por consiguiente, no hay razón, en la URSS para la existencia de varios partidos.”

El Partido Comunista (“ingeniero de la revolución, y arquitecto de la nueva sociedad”) tiene una organización celular paralela a la del Estado, de modo que en cada rama o departamento de la Administración, así como en cada centro de actividad económica o cultural, existe una célula del Partido. Las decisiones y rumbos de la política estatal están, pues, directa y absolutamente controlados por el Partido. La última cifra conocida (1972) sobre el número de miembros del Partido Comunista Ruso, en el que se hace una rigurosa selección y se ejerce la más severa disciplina, es de 14 millones.

En la futura sociedad comunista “sin clases ni Estado”, dice Lenin, el trabajo estará organizado de manera que los grandes sindicatos industriales reemplazarán a

los sindicatos de oficio (horizontales). Y continúa: "Más tarde, esos sindicatos industriales conducirán a su vez a la abolición de la división del trabajo entre la gente y a la educación y preparación de gente que tendrá un desarrollo y preparación múltiples, gente que podrá hacerlo todo. . ."

El Estado tiene en monopolio absoluto de los instrumentos de producción, desde la tierra hasta las industrias manufactureras, así como de la distribución y comercialización de artículos de una u otra índole. La propiedad de los bienes de consumo, de uso individual, es privada. La agricultura se realiza en dos formas: a) en las propiedades del Estado donde los trabajadores perciben salarios y b) en las granjas colectivas organizadas como cooperativas. En estas últimas, el agricultor, que tiene participación en los productos, puede, además, cultivar personalmente pequeños terrenos junto a su casa, que le sirven para producir legumbres, fruta, etc., destinados al uso de su familia y algunas veces, semiclandestinamente, a la venta.

El Estado monopoliza también el crédito. La Constitución Política de 1936, vigente todavía con pequeñas modificaciones, autoriza el ahorro y aun la herencia, entendiéndose, por supuesto, que ella se aplica sólo a los bienes de uso personal, los únicos sujetos al régimen de la propiedad privada.

Esos bienes pueden incluir actualmente un departamento en un edificio construido por el sistema cooperativo y una casa pequeña en el campo.

La política de completa libertad y facilidad que se otorgó después de la Revolución para el divorcio ("amor libre"), ha sufrido un gran viraje. Hoy se resguarda y estimula la unidad familiar. El divorcio se ha hecho más difícil que en algunos países no comunistas. El Estado se encarga de los hijos cuando los padres, por razones de salud o trabajo, no pueden cuidar de ellos.

La delincuencia común es encarada con moderno sentido de defensa social, siendo notorio que sus índices son menos elevados que en las sociedades capitalistas. Pero el delito contra el Estado, que puede ser la simple negligencia o ineficiencia en el desempeño de las tareas de carácter social (el trabajo en una fábrica o en el campo, por ejemplo) es sancionado con inexorable severidad.

El dogmatismo de la doctrina marxista y el carácter dictatorial que en función de dicho dogmatismo tiene el régimen soviético determinan un control absoluto, literalmente totalitario, del Estado sobre la educación y la actividad cultural. La norma, en materia de arte, es el "realismo socialista", y lo que no es realismo socialista, sobre todo el arte moderno, es repudiado como "decadentismo burgués". Artistas y escritores no conformistas son expulsados de las organizaciones oficiales, y naturalmente, sus obras no se publican ni distribuyen. Los efectos de esta opresiva norma son visibles. Ni en literatura ni en arte (excepción hecha de la música), ha salido nada de la Rusia Soviética equivalente a sus resultados en la producción industrial. Hasta la biología o las interpretaciones de la biología tienen que conformarse con los dictámenes de la doctrina.

La exaltación de los valores nacionales ha puesto un velo sobre el internacionalismo de la teoría marxista. La segunda Guerra Mundial que exigió del pueblo ruso un prodigio de abnegación, llevó a esa tendencia hasta los últimos extremos del fanatismo patriótico. Dice el historiador Arnold Toynbee que la mística tradicional de la "Santa Rusia", puesta al servicio del plan marxista es uno de los factores que da mayor fuerza al comunismo ruso.

El culto religioso, frontalmente atacado por los bolcheviques y liquidado con la Iglesia Ortodoxa ligada al régimen zarista ("la religión es el opio del pueblo"),

disfruta hoy de libertad. Hay una Iglesia oficialmente reconocida que hasta ha tenido contactos con representantes del Vaticano. (*Ver Democracia y Socialismo Cristiano.*) El pueblo, generalmente la gente mayor, concurre a los templos ortodoxos y hasta se permiten ceremonias del culto católico y protestante entre extranjeros.

En 51 años de régimen soviético, el desarrollo económico de Rusia ha sido gigantesco, sobre todo si se tiene en cuenta la larga pausa y la destrucción que produjo la segunda Guerra Mundial. Hay renglones específicos en los que ese desarrollo se ha adelantado al de los Estados Unidos, único rival en la materia.

Si la tecnología industrial para la producción de bienes de consumo es todavía comparativamente deficiente, la que se concentra en la producción y perfeccionamiento de modernas armas como cohetes, proyectiles teledirigidos, etc., nada tiene que envidiar a nadie. Prueba de ello y de que la tecnología pasa por encima de las fronteras ideológicas, es el trabajo conjunto que astronautas soviéticos y norteamericanos realizan actualmente para el encuentro y conexión de una nave especial Apolo, norteamericana, y una Soyuz, soviética, que se realizará en la órbita terrestre, en 1975.

La paridad o quizá ventaja parcial a que Rusia ha llegado con Estados Unidos en armas nucleares, hizo posible la suscripción, el 26 de mayo de 1972, del tratado soviético-norteamericano de limitación de armas estratégicas, entre Brezhnev y Nixon, con motivo de la visita del Presidente norteamericano a Moscú.

En el discurso que pronunció Brezhnev con motivo del cincuentenario de la URSS (1972), dijo entre otras cosas que "en comparación con 1940, los ingresos reales de la población han aumentado en más de 4 veces y el comercio al por menor en más de 7 veces. El número de médicos se ha incrementado en 4.7 veces y el de ciudadanos que han cursado enseñanza superior y me-

dia, completa o incompleta, en 6.5 veces". Añadió que la producción de la Federación Rusa (Rusia Central), donde está concentrada una importante parte de la industria, ha aumentado en dicho lapso más de 300 veces.

La explotación industrial de las inmensas riquezas de Siberia significará, según los economistas norteamericanos, que la URSS se convierta "en el siglo XXI en la nación más rica del mundo" porque Siberia tiene: los más grandes depósitos de petróleo y gas del mundo; los más grandes depósitos de hierro y carbón; bosques vírgenes tan grandes como los de toda Europa, tantos diamantes como los de Sudáfrica, y oro en cantidad equivalente a una mitad de la actual producción mundial, etc. Es tan grande este potencial que sólo el primer plan quinquenal proyectado para su desarrollo significará una inversión de 100 000 millones de dólares. En 1978 se empezará a exportar gas licuado a Alemania Federal, Italia y Austria, y compañías norteamericanas estudian la construcción de un gasoducto de 5 500 kilómetros de longitud hasta Murmansk, para la exportación de gas licuado a los Estados Unidos.

Es ya un hecho, por otra parte (*ver Liberalismo-Capitalismo*), la instalación en la URSS de una fábrica de automóviles por la firma *Fiat* de Italia y existen otras perspectivas inmediatas de transferencia de capital y tecnología de Occidente.

El manejo de esta inmensa maquinaria plantea serios problemas (como los plantea en los Estados Unidos, en el Japón o en cualquier otra superpotencia). La causa fundamental en Rusia es la excesiva centralización burocrática. Contra éste y otros defectos se han planteado planes de parcial descentralización, de relación entre la producción y los precios y aún de estímulos económicos para los obreros y las fábricas. Gestores de estos planes de reforma son los economistas

L. V. Kantorovich, V. V. Novozhilov, V. S. Nemchicov y Yevsei Liberman. Los primeros experimentos dieron resultados menos satisfactorios que los esperados. La razón es clara: las fábricas descentralizadas en algunos aspectos, dependen, de todas maneras y en último análisis, de los organismos directivos estatales. Por ejemplo, una fábrica decidió hacer determinadas prendas de vestir para satisfacer los pedidos del público en una de las grandes tiendas de Moscú. Los planes de producción estaban perfectamente elaborados, pero resultó que el organismo central respectivo no había dispuesto previamente la fabricación de la tela necesaria para coser las prendas. No la había dispuesto, no por falta de un oportuno pedido sino porque ese ítem no entraba en su programa general de producción y porque el excesivo número de eslabones de comunicación entre la fábrica y la oficina estatal impidió la oportuna llegada del pedido. Ahora se ha reducido y se seguirá reduciendo el número de esos eslabones. De todas maneras, experimentos de esta naturaleza tienen que ser perfeccionados, ya que el centralismo burocrático ha probado, sin lugar a dudas, no ser suficientemente ágil y flexible para satisfacer la demanda pública de artículos de consumo a la que el Estado soviético quiere, como nunca, prestar oídos. La época del "acero en vez de mantequilla" ha pasado en la URSS, que tiene ahora lo suficiente para el acero y para la mantequilla.

La enumeración de estos datos y problemas no tiene solamente un valor ilustrativo, sino que sirve para explicar que un país de esta magnitud y con una población de 245 millones de habitantes, cuyas exigencias de elevación de nivel de vida aumentan, no puede permanecer cerrado como una isla. Su peso, su importancia, sus necesidades, hacen que deba desarrollar una política exterior amplia y flexible sin estrechas ataduras al dogma ideológico. De ahí los contactos recientes de la URSS (incluidas visitas de sus gober-

nantes) con muchos países del mundo, entre ellos los Estados Unidos, el Vaticano y la Alemania Occidental, vista desde la segunda Guerra Mundial como enemiga.

Aunque la URSS tiene los problemas de cualquier país grande, tales como escasez de vivienda, contaminación ambiental en algunas regiones, ocasional escasez de alimentos y otros artículos de consumo, ha logrado grandes avances sociales como eliminar el analfabetismo y la desocupación; un sistema de seguros que cubre las necesidades de vida de una persona, incluyendo educación, salud y vejez, de la cuna a la tumba, etc., además de planes de recreo, descanso y vacación para los trabajadores.

La influencia absoluta del partido y la importancia que necesariamente se da a los científicos y técnicos cuyos servicios tienen alta prioridad, ha dado lugar, inevitablemente, a la formación de una clase economicosocial favorecida, una "nueva clase" como la llama el escritor comunista yugoslavo Milovan Djilas, formada por burócratas, tecnócratas e intelectuales y artistas "oficiales", que disfrutan de ventajas en materia de sueldos, vivienda, posibilidades de viaje al extranjero, etcétera.

Ni Jruschiov ni sus colaboradores fueron "liquidados", como se acostumbraba hacer en tiempos de Stalin, cuando cayeron del gobierno. Jruschiov, jubilado, murió tranquilamente en su casa años más tarde. Desde este punto de vista, el régimen soviético ha avanzado hacia una posición humanitaria y civilizada, pero que tiene límites perfectamente definidos en lo que se refiere al resguardo de sus intereses políticos, como quedó demostrado en agosto de 1968, cuando la URSS invadió militarmente a Checoslovaquia, sin guardar siquiera una apariencia de respeto a la soberanía de ese país, por el hecho de que sus gobernantes trataron de poner en práctica una política no antico-

munista sino, simplemente, en alguna medida liberalizadora del yugo soviético.

Otra cosa difícil de comprender dada la solidez y estabilidad del régimen político de la URSS y su deseo actual de poner en práctica una política de coexistencia con el resto del mundo, es su dura actividad represiva, reminiscente de los tiempos de Stalin, contra los intelectuales disidentes. Uno de los últimos refinamientos de esta crueldad política es la internación de esos intelectuales en sanatorios para enfermos mentales con la excusa, alguna vez formulada expresamente, de que un hombre que discrepa con el justiciero y sabio orden social (el comunista, por supuesto) dentro del que vive, denota un principio de desarreglo mental. El caso del escritor Solzhenitsyn a quien se negó permiso para salir a Suecia a recibir el Premio Nobel de Literatura de 1970, y al que se le ordenó alejarse de su esposa embarazada que vive en Moscú, es un reto a la opinión pública mundial que quisiera creer en una política interna, más amplia, más generosa del gobierno soviético. A esta misma categoría de hechos corresponden los anatemas oficiales lanzados contra otros intelectuales y escritores e inclusive contra el científico Andrei Sakharov quien contribuyó decisivamente a la elaboración de la bomba soviética de hidrógeno. El historiador Andrei Amalrik fue desterrado "seguramente de por vida" (según Solzhenitsyn) a Siberia. Pyotr Yakir, historiador y Victor Krasin, economista, enjuiciados a fines de agosto de 1973, resultaron "confesando" públicamente sus culpas, sombrío recuerdo de las "confesiones" de traición que se obtenían, en tiempos de Stalin, hasta de algunos padres y héroes de la Revolución Rusa. Podrían citarse varios casos más, ya tristemente célebres, como la última denuncia de Solzhenitsyn de que su vida está amenazada por la KGB (policía política secreta).

¿Por qué la URSS asume esta actitud que obvia-

mente la desprestigia y que, dada la estabilidad económica y política del régimen soviético parece innecesaria?

No hay una explicación totalmente satisfactoria. La única hipótesis con visos de verosimilitud es que precisamente por haberse abierto tanto y tan pragmáticamente en materia de economía y de política internacional, el gobierno soviético ha creído necesario, por vía de compensación, extremar su celo, su dureza en la represión de toda tentativa de liberación intelectual. De esta manera espera reducir los motivos por los que es acusado —de "utilitarismo desviacionista", aburguesamiento y corrupción del marxismo-leninismo— por los ortodoxos de la propia URSS, de la China Popular y de otros sectores revolucionarios "puristas" del mundo.

Una antigua norma de la política interna soviética, la de no permitir la emigración de sus ciudadanos, viene convirtiéndose en una especie de manzana de la discordia entre la URSS y los Estados Unidos. La prohibición de salir del territorio soviético se hizo más evidente que antes, con motivo de las solicitudes de algunos miles de judíos para que se les deje marcharse a Israel. Se ha permitido salir a algunos de ellos, pero previos largos y morosos trámites que no siempre dan resultado positivo. Se quiere hacerles pagar, por ejemplo, un impuesto de salida equivalente al costo de la educación gratuita que recibieron del Estado Soviético. Opinan los soviólogos que seguramente la verdadera razón para la prohibición de salir es el deseo de no perder técnicos, científicos y obreros calificados; la misma que obligó a Alemania Oriental a levantar el odioso muro de Berlín. En las actuales circunstancias de promisorias relaciones comerciales entre la URSS y los Estados Unidos, la prohibición de emigrar ha creado una situación insólita que puede tener peligrosos alcances. Después de la cuantiosa venta de granos de los Estados Unidos a la URSS (*ver Liberalismo-Capitalismo*),

y para ampliar el tráfico comercial entre las dos naciones, la URSS pidió que se le reconozcan como a muchas otras naciones inclusive Yugoslavia y Polonia, el *status* de "la nación más favorecida" (que significa tener las ventajas, como favorables tarifas aduaneras, que un país acuerda, en sus mejores tratados comerciales, a otras naciones). La respectiva disposición legal estaba en trámite de aprobación en el Congreso de los Estados Unidos, cuando el senador Henry Jackson presentó un proyecto de enmienda en sentido de que no se le otorgue a la URSS el tratamiento de la nación más favorecida mientras no levante las restricciones para la salida de la gente que quiere emigrar.

Hasta aquí, el caso era ya difícil, pero se complicó más todavía con una carta abierta del físico nuclear soviético (ya mencionado), Andrei Sakharov, que en sus partes salientes dice: "... Hay decenas de miles de ciudadanos en la Unión Soviética... que desean marcharse del país y que han estado tratando de ejercer ese derecho por años y por décadas, a costa de interminables dificultades y humillación... Prisiones, campos de trabajo y hospitales para enfermos mentales están llenos de personas que han tratado de ejercer ese legítimo derecho. Apelo al Congreso de los Estados Unidos para que preste su apoyo a la enmienda Jackson..."

Setenta y tantos senadores y cerca de 230 representantes, miembros del Congreso norteamericano, han ofrecido ya su solidaridad con la enmienda Jackson, y se teme que un tropiezo de esta naturaleza en el que está comprometida la soberanía de la URSS para el manejo de sus asuntos internos, pueda poner en peligro la expansión del comercio ruso-norteamericano y aún las bases de pacífica convivencia de las dos potencias. La actitud de la URSS en esta materia está claramente definida en un discurso de Brezhnev cuya parte esencial dice:

"Creemos que puede y debe edificarse un nuevo sistema de relaciones internacionales, si se observan honesta y consistentemente los principios de soberanía y no-interferencia en los asuntos internos y si se cumplen invariablemente los tratados y acuerdos suscritos, sin jugadas dudosas ni maniobras ambiguas."

Conceptos que en el caso presente se aplicarían a la enmienda Jackson que puede interpretarse como una maniobra para inmiscuirse en los asuntos internos de la URSS, pero que también podría aplicarse —y en el hecho seguramente se aplica, por lo menos en gran manera— a la nueva política de la URSS de no fomentar actividades subversivas en otros países, particularmente los de la América Latina.

De todas maneras, este incidente ilustra el concepto de que los intereses económicos, además de tener una influencia decisiva sobre las relaciones internacionales, pueden sobreponerse a los escrúpulos de la ideología política.

Dadas las condiciones descritas, sería un error querer ver en la Unión Soviética un ejemplo de comunismo realizado. Rusia atraviesa (y no hay pronóstico posible sobre el tiempo que esto pueda durar) el periodo "de transición" previsto por el propio Marx, de la totalitaria dictadura del proletariado, económicamente identificable como socialismo (¿o capitalismo?) de Estado.

Tanto el fenómeno soviético como el de la China Popular (de Mao) que se examinará más adelante en este mismo capítulo, son *sui generis*, muy especiales, y no se prestan a una generalización. Rara vez se da el caso de países tan extensos, como tantos recursos (sobre todo la URSS), verdaderos mundos capaces de aislarse y autoabastecerse, y con enormes masas de población cuyas características étnicas, psicológicas y sociológicas (en medio de su variedad) las hacen aptas para acomodarse a esquemas políticos de regimenta-

ción total, con una perfecta mezcla de resignación y de mística política rayana en el fanatismo.

Resumiendo, el principio comunista, o sea la tendencia a sustituir la propiedad privada por la común, colectiva o social (en este caso los tres términos dicen lo mismo), es una idea muy antigua. Surgió en diferentes épocas a manera de reacción contra los males originados por el régimen de la propiedad privada puesto en práctica sin medida y sin escrúpulo para beneficio de una minoría privilegiada a expensas de la mayoría.

Concretamente, el comunismo marxista-leninista es una reacción contra los excesos que cometió el capitalismo liberal en su juventud desaprensiva y rapaz, coincidente con la sacudida, de sísmicas proporciones, de la Revolución Industrial. Las duras características del marxismo-leninista son la contraparte de aquellas condiciones históricas.

En tiempos en que los postulados idealistas del socialismo utópico habían empezado a demostrar su impotencia, fue inevitable que se volvieran los ojos a una interpretación realista ("materialista") del cuadro político-social, e inevitable también que se buscaran soluciones realistas basadas no en la promesa de mundos quiméricos sino en la fuerza y la acción directa de la clase social interesada en el cambio.

Cuando el poder político era, efectivamente, un instrumento de las clases privilegiadas, inaccesibles a las clases trabajadoras, y antes que la democracia y el socialismo reformista, unidos, hubieran demostrado que las clases trabajadoras pueden alcanzar el gobierno por métodos pacíficos, evolutivos, era natural propugnar la revolución como único camino de rehabilitación.

Frente un capitalismo impermeable a los postulados de la justicia social, e incapaz todavía de refrenarse, no parecía haber otro medio de declararle la guerra ("la guerra de clases") y advocar su destrucción total.

Eso, la destrucción del capitalismo, es lo que propugnan los comunistas, quienes ven con malos ojos el mejoramiento gradual de las condiciones sociales, porque ese mejoramiento —dicen ellos, y no sin razón— resta energía y agresividad a las masas proletarias. Sin embargo, es interesante anotar que el comunismo ha provocado indirectamente —en gran parte por el miedo que se le tiene— una serie de concesiones que, sin ese estímulo, quizás no habría hecho el capitalismo. En tal sentido, el comunismo ha actuado como aquellos agentes químicos llamados catalizadores que por su sola presencia y sin intervenir directamente, determinan ciertas reacciones que de otro modo no habrían ocurrido.

Refiriéndose a los socialismos premarxistas y al cambio que imprimió el "determinismo" marxista en el pensamiento socialista, dice el profesor Schumpeter:⁶ "Las doctrinas socialistas, que en algunas de sus raíces, son, posiblemente, tan antiguas como el pensamiento articulado, eran sueños —bellos u odiosos—, ansias impotentes fuera de contacto con la realidad, mientras les faltaron medios para convencer de que el proceso de transformación social se encaminaba por sí solo hacia la realización del socialismo. Eran una prédica en el desierto, mientras no establecieron contacto con la fuente existente o potencial de poder social..." Esa fuente de poder la encontró Marx en la "clase proletaria" directa y vitalmente afectada por el problema. Y, habiéndola encontrado, la puso en la trinchera de la revolución y le encomendó la misión de tomar el gobierno y ejercer la dictadura del proletariado hasta el arribo de la sociedad comunista sin clases y sin Estado.

Así se explica el cuadro lógicamente. Por ello resulta pueril aceptar la noción de que el comunismo es una

⁶ J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*.

simple "invención diabólica", concebida por "teóricos" imbuidos de resentimiento social; pueril y peligroso, al par, olvidar que el comunismo nació como efecto inevitable de causas reales y tangibles. Peligroso, porque oscurece la comprensión del problema y, sobre todo, porque si se cree encontrar el origen de los "males del comunismo" en simples concepciones abstractas, también se creará posible curarlos con vagos enunciados de propaganda "ideológica" o con medidas de represión violenta, como cuando se intentó destruir el cristianismo echando a algunos cristianos a las fieras del circo romano. El comunismo es el reflejo orgánico de un profundo malestar social, y sólo en la medida en que se lograse anular todas las formas de ese malestar se podría, efectivamente, dejar al comunismo sin bandera y, en último análisis, sin razón de ser.

Mucho de esa razón de ser ha desaparecido en varias partes del mundo, no sólo porque el socialismo reformista ha institucionalizado importantes conquistas sociales, sino también porque se vienen produciendo fuertes corrientes de confluencia o convergencia entre los extremos opuestos de la ideología: por ejemplo, de los Estados Unidos hacia la Unión Soviética y viceversa.

A la luz de esa realidad, bastante diferente de la que pronosticó Marx, podemos preguntarnos hoy: probado como está que las reformas sociales pueden alcanzarse sin necesidad de la revolución mundial, ¿se justifican los riesgos de esa revolución? Probado como está que no es imposible el acceso de la clase trabajadora al gobierno, ¿se justifica la instauración de la dictadura del proletariado sacrificando las prerrogativas de la personalidad humana? Ante la posibilidad de alcanzar gradualmente la nivelación de clases, ¿se justifica mantener encendida la guerra clasista y correr el peligro de que, como consecuencia final de ella, se perpetúe una dictadura del proletariado capaz de crear

nuevos privilegios de clase tan odiosos como los que destruyó? Y, ¿qué garantía existe de que la dictadura del proletariado no se haga, en la práctica, permanente en vez de transitoria, perpetuando monstruosos excesos como los que se revelaron al morir Stalin?

A menudo se esgrime con gran suficiencia el argumento de que el sacrificio de una generación sometida a privaciones, al despotismo y hasta a la muerte se justifica por los frutos que, gracias a ese cruento abono, cosecharán las generaciones del futuro. Este razonamiento plantea otras preguntas: ¿Quién puede arrogarse con validez moral el derecho de tomar estas decisiones sobre el destino de millones de seres humanos en favor "hipotético" de otros millones? ¿Hay una certidumbre absoluta acerca de los resultados que se esperan, capaz de justificar la ecuación del sacrificio sólo comparable a las sanguinarias inmolaciones que exigían las deidades primitivas?

Frente a estas consideraciones (para citar sólo las más salientes) cabe hacer nuevas evaluaciones de los esquemas políticos radicales, sobre todo en cuanto se refiere a su aplicación indiscriminada en todo tiempo y en cualquier parte. Esa evaluación no debe perder de vista que ni el comunismo ni ninguna otra doctrina nace, crece ni da frutos sino en un terreno social propicio que, al brindarle su savia, le da la legitimidad histórica sin la cual no tiene razón de existir.

La realización política más importante del marxismo después de la Revolución Rusa es el nacimiento y desarrollo de la República Popular de China, la China Roja de Mao Tse-tung.

El acontecimiento estuvo precedido por una lucha de más de 30 años (guerra civil con las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-Shek), con episodios legendarios como la llamada "Larga Marcha". Obligadas las tropas de Mao a abandonar el área de Kiangsi, emprendieron una retirada de 10 mil kilómetros comba-

tiendo constantemente a pesar de que llevaban consigo mujeres, niños e impedimenta. Llegaron a la región de Shensi-Norte donde establecieron una "base soviética" con su capital, Yenán. De las 300 mil personas que emprendieron la caminata, sólo llegaron a Yenán 40 mil.

Derrotado Chiang Kai-Shek, emerge la República Popular de China como una inmensa potencia que en la actualidad tiene 800 millones de habitantes establecidos en un territorio de 9 millones y medio de kilómetros cuadrados.

La adaptación hecha por Mao Tse-tung de la teoría marxista (elaborada para una sociedad industrial) a las condiciones de un país agrario semifeudal como era China, es una obra maestra de genio político realizador.

La prédica de Mao Tse-tung, cuya mejor síntesis se encuentra en el famoso *Librito rojo*, es una peculiar combinación de severidad marxista-leninista con una tónica y lenguaje muy simples, cuasi patriarcales. No hay enrevesada retórica doctrinaria sino un mensaje claro y familiar que explica en cierto modo el fanatismo con que los jóvenes comunistas chinos, y en especial los campesinos, atribuyen poderes poco menos que milagrosos al librito. Visitantes extranjeros quedan pasmados ante la perfecta sinceridad con que algunos enfermos dicen haber mejorado de sus dolencias después de haberlo leído.

Breves citas de esta especie de minúscula biblia del comunismo chino dan idea de su contenido general:

"Las clases luchan, unas salen victoriosas otras quedan eliminadas. Así es la Historia, así es la historia de la civilización de los últimos milenios. Interpretar la Historia desde este punto de vista es materialismo histórico; sostener el punto de vista opuesto es idealismo histórico.

"Entre los blancos de los Estados Unidos, sólo los

reaccionarios círculos dominantes son los que oprimen a los negros. Ello no representan en modo alguno a los obreros, campesinos, intelectuales, revolucionarios y personalidades razonables que constituyen la aplastante mayoría de los blancos.

"A nosotros nos incumbe organizar al pueblo. En cuanto a los reaccionarios chinos, nos incumbe a nosotros organizar al pueblo para derribarlos. Con todo lo reaccionario ocurre igual: si no lo golpeas no cae. Esto es como barrer el suelo; por regla general, donde no llega la escoba el polvo no desaparece solo.

"Hacer la revolución no es ofrecer un banquete ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tarea tan elegante, tan tranquila y delicada, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra.

"El proletariado aspira a transformar el universo según su concepción del mundo, y la burguesía, según la suya. A este respecto, aún no ha sido resuelta en definitiva la cuestión de quién vencerá: el socialismo o el capitalismo. Pasará un tiempo bastante largo antes de que se resuelva la cuestión de quién vencerá a quién en la lucha ideológica entre el socialismo y el capitalismo en nuestro país.

"Tanto el dogmatismo como el revisionismo son contrarios al marxismo. Indefectiblemente el marxismo avanzará, progresará con el desarrollo de la práctica y no permanecerá estático.

"Es dogmatismo enfocar el marxismo desde el punto de vista metafísico y considerarlo como algo rígido. Es revisionismo negar los principios básicos del marxismo, la verdad universal del marxismo.

"El sistema socialista terminará por reemplazar al sistema capitalista; ésta es una ley independiente de la voluntad del hombre.

“Todos los reaccionarios son tigres de papel. Parecen terribles, pero en realidad no son tan poderosos. Así como en el mundo no hay nada sin doble naturaleza (ésta es la unidad de los contrarios) también el imperialismo y todos los reaccionarios son a la vez tigres auténticos y tigres de papel. . . La clase de los esclavistas, la clase terrateniente feudal y la burguesía eran vigorosas, revolucionarias y progresistas; eran tigres auténticos. Pero con el tiempo, como sus contrarios —la clase de los esclavos, el campesinado y el proletariado— crecían y se fortalecían gradualmente, luchaban contra ellas y se volvían más y más formidables, estas clases gobernantes se transformaron poco a poco en reaccionarias, en retrógradas, en tigres de papel y finalmente fueron derrocadas o serán derrocadas por el pueblo.”

Es notable el desconocimiento de la realidad del problema negro en los Estados Unidos, que acusa Mao Tse-tung al creer que los negros son maltratados solamente por los “círculos dominantes” (en el sentido económico) sin saber que existe en casi todos los círculos blancos, sobre todo del Sur, un sentimiento de superioridad “racial” (no sólo económica) sobre el negro.

En dos o tres párrafos hay duda expresa acerca de quién vencerá a quién entre el socialismo y el capitalismo, pero en otro, más adelante, se afirma —contradictoriamente— que el sistema socialista “terminará por reemplazar al sistema capitalista” como una verdad absoluta, producto de un determinismo “independiente de la voluntad del hombre”.

Las comparaciones con la acción de la escoba o con los tigres de papel son formas sencillas, metafóricodomésticas de ilustrar la expresión, propias del lenguaje chino.

El desarrollo económico de la República Popular está basado en una mística de trabajo sostenida por el varillaje de una férrea disciplina que pone el es-

fuerzo total de la inmensa población al servicio del Estado. Algunos políticos de izquierda ven esa fórmula como la que se debería aplicar en la América Latina —previa una revolución socialista continental, por supuesto— para suplir con esfuerzo humano totalizado la falta de capitales suficientes para explotar las riquezas naturales de este continente y satisfacer las necesidades de la población creciente.

Una medida del resultado obtenido mediante la combinación de esfuerzo humano planificado como el de un hormiguero —hasta la conservación y utilización del excremento humano como abono está regimentada— es la producción de granos de 1971, anunciada por el Primer Ministro Chou En-lai, de 240 millones de toneladas.

Algún comentarista ha dicho que la medida del éxito alcanzado hasta ahora por la China Popular es que, a) ya nadie muere de hambre, b) tiene bomba de hidrógeno, c) se han hecho grandes avances en el control de la natalidad.

El reconocimiento de la importancia de la República Popular China quedó confirmado por dos acontecimientos ocurridos en 1971: su admisión en la Organización de las Naciones Unidas; la visita del Presidente norteamericano Richard Nixon a Pekín, luego de haber eliminado varias medidas restrictivas que, a manera de bloqueo, cerraban las puertas del comercio y del turismo entre los Estados Unidos y la República Popular China.

La amistad y aún más que amistad el estrecho parentesco ideológico entre la URSS y la República Popular China, presentaba la perspectiva de un bloque comunista de astronómicas dimensiones a horcajadas entre Europa y Asia. La URSS cooperó en medida importante a la fase inicial del desarrollo económico y tecnológico de China. Se dice que la cooperación tuvo celosas limitaciones que irritaron a los chinos.

Más tarde se produjeron incidente fronterizos entre tropas de ambos países (1969) que determinaron una inmediata concentración de tropas de uno y otro bando.

Sólo una guerra de proyectiles teledirigidos sería comparable a la que se desató en el campo de batalla ideológico-político, con toneladas de explosivos invec-tivas lanzadas de uno a otro país, de uno a otro partido comunista, tarea en la que todavía están empeñados los contendientes.

Los chinos acusan de revisionismo, degeneración, aburguesamiento y complicidad con el imperialismo yanquí a los rusos, y éstos acusan a los chinos de primitivos, obcecación ciegamente dogmática e infantilismo fanático. Ambos se proclaman los verdaderos y exclusivos intérpretes del marxismo leninista. La guerra política entre los dos colosos del comunismo se ha extendido, naturalmente, a sus adeptos en todo el mundo con un encono que a veces supera al que unos y otros despliegan contra el imperialismo norteamericano; con la circunstancia de que de ambas partes, Rusia y China, se han abierto puertas de comunicación y de posible vinculación económica con los Estados Unidos (ya en marcha en el caso de la URSS).

Otro fenómeno ocurrido en el campo de la ideología marxista, de menores dimensiones físicas pero de especiales repercusiones para la América Latina es el de Cuba.

Alineado en el campo de la URSS, de donde recibe una subvención de hasta un millón y medio de dólares diarios para sostener su inoperante economía, el régimen de Fidel Castro representa para el mundo comunista un puesto avanzado dentro del área de influencia de los Estados Unidos.

Castro preferiría, posiblemente, la línea dura y activista de Pekín que concuerda con su temperamento y con sus propósitos de expansión de la lucha armada. Pero Rusia, con su ayuda económica y asesoramiento

técnico, tiene paralizadas las manos del castrismo en lo que se refiere, por ejemplo, a repetir oficialmente la aventura del *Che* Guevara en Bolivia. El comunismo soviético ha adoptado desde hace años la táctica de la penetración política y económica pacífica y respetable en la América Latina, táctica contraria al golpismo y "foquismo" (teoría que propicia la creación de focos subversivos por medio de guerrillas rurales o urbanas). Es por eso que el Partido Comunista Boliviano eludió su concurso a Guevara.

Ante un relumbrante público internacional, Castro dio la medida de su total adhesión a Moscú, con motivo de la Conferencia de Países no Alineados realizada en Argel a principios de septiembre de 1973.

Los países "no alineados" o del "tercer mundo" son aquellos que, por una parte, se consideran independientes, no subordinados a ninguno de los extremos de la concentración bipolar del poder político y económico: Estados Unidos de América y Rusia Soviética. Por otra (tercer mundo), son los países cuya condición económica es inferior, subalterna, como víctimas de la explotación de los dos grandes imperialismos que se han repartido el mundo y que lo explotan por igual.

En la conferencia de Argel a la que asistieron 57 jefes de Estado (entre ellos el Mariscal Tito de Yugoslavia, Indira Gandhi, de la India, monarcas árabes y africanos) y representantes de otros 17 Estados, Fidel Castro, figura de primera magnitud en el tercer mundo, pronunció un discurso declarando su oposición a que se aplique a la Unión Soviética la misma acusación de imperialismo que a los Estados Unidos. Estando la tesis de la "no alineación" y el "tercer mundo" basada precisamente en el concepto de la concentración bipolar del poder, la declaración de Castro fue recibida con asombro y desconcierto.

El régimen de Castro tiene las características totalitarias resultantes de una revolución marxista. La repre-

sión inicial contra los residuos de la nefasta dictadura de Batista fue sangrienta e innecesariamente cruel. Las condiciones de vida determinadas por la revolución han producido una fe fanática, por una parte, y la migración al extranjero de unos 2 millones y medio de cubanos, por otra. Una muestra relativamente reciente del efectivo totalitarismo castrista fue el episodio del poeta cubano Heberto Padilla. Al conocerse su "confesión" de faltas contra el Estado y la Revolución —eco lúgubre de las confesiones obtenidas por los verdugos de Stalin en la década del 30— varios escritores e intelectuales latinoamericanos de insospechable posición izquierdista y pro-cubana, dejaron oír su voz de solidaridad con Padilla. Inmediatamente se descargó sobre ellos la furia de la propaganda castrista como si se tratara de los más viles enemigos y "lacayos del imperialismo".

Al precio de estas cosas, Cuba ha logrado hacer importantes avances en materia social: erradicación total del analfabetismo y mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, especialmente en el campo. En cambio, su problema económico no ha sido resuelto.

Es difícil hacer desde lejos, desde afuera, el enjuiciamiento objetivo de la realidad cubana, en medio de un verdadero huracán de doble dirección: ciega invectiva anticastrista, de un lado, y del otro estática admiración como la del sacerdote y poeta nicaragüense Ernesto Cardenal en su libro *En Cuba*.

La voz de Castro, a menudo destemplada y estridente es considerada, sin embargo, hasta por algunos políticos latinoamericanos no marxistas, como un útil instrumento frente al predominio de la política norteamericana en este Continente. Una voz, se dice, que ha puesto al marxismo en lenguaje latinoamericano, lenguaje no siempre ecuánime ni coherente, y por eso mismo latinoamericano.

En momentos de enviar este material a la editorial

llega a su término el experimento marxista del presidente Salvador Allende en Chile, al que pone fin un golpe militar después de meses de agonía en medio de agudos problemas económicos y enconada tensión política.

Dos hechos parecen ya evidentes aún ahora, a tan corta distancia de los hechos consumados: 1) que quedó demostrada la incompatibilidad del régimen democrático con la revolución marxista; 2) que tanto o más que por la oposición, el desenlace fue precipitado por la presión de la extrema izquierda sobre las líneas directrices, más sensatas, del presidente Allende, especialmente en materia económica.

El suicidio de Allende, si eso fue lo que ocurrió, es un final digno del hombre que con gran entereza, pero sin odio ni amargura, demostró la sinceridad de su fe política.

La última proyección del marxismo —última en el sentido cronológico y en el de ser la posición extrema de la ideología— es la "Nueva Izquierda". Entre los ideólogos de esta corriente, expuesta desde la década del 50, cuatro son señalados como principales: Jean-Paul Sartre, Frantz Fanon, Herbert Marcuse y Ronald D. Laing. A ellos se añade Che Guevara, a medias ideólogo y hombre de acción, y el movimiento político-social del "Poder Negro".⁷

Herbert Marcuse, judío alemán residente en los Estados Unidos, además de ser autor de obras como *Eros y civilización*, *Crítica de la tolerancia*, *Razón y revolución*, *El hombre unidimensional*, desempeñó actividades académicas en centros universitarios.

Marcuse "trata de elaborar una síntesis de psicoanálisis freudiano con socialismo", para deducir estructuras intelectuales sobre la liberalidad de conciencia individual. Piensa que esa libertad puede estar más expuesta

⁷ Marice Cranston: *La nueva izquierda*.

en una sociedad totalitaria como la de la Unión Soviética que en la de los Estados Unidos, aunque ésta le parece tan detestable como la otra.

Definiendo la función de la violencia dice: "Con respecto a su función histórica, hay una diferencia entre la violencia revolucionaria y la reaccionaria, entre la empleada por los oprimidos y la ejercida por los opresores. Desde el punto de vista ético, ambas formas son inhumanas y perversas, pero ¿desde cuándo se ha hecho historia siguiendo las normas éticas?"

Las conclusiones a que llega por este camino permiten calificar la posición de Marcuse como una especie de "anarco-marxismo". Abomina de la represión estatal en las sociedades industriales como la de los Estados Unidos, no obstante el hecho de que sus obras y sus actividades tienen una difusión irrestricta en ese país.

Jean-Paul Sartre, el célebre filósofo, ensayista, novelista y dramaturgo francés, cuya posición respecto del comunismo "oficial" (soviético) ha sido quizás la más libre y cambiante, dice que el Partido Comunista Francés es el más grande partido conservador de Francia. El proletariado no puede ya ser, según Sartre, ni objetivo ni instrumento de la revolución, porque está aburguesado, anquilosado. En su reemplazo, siguiendo a Frantz Fanon, entran ahora los "proscritos de la Tierra". Quizá en ninguno de estos ideólogos contemporáneos se revela más agudamente que en Sartre el problema de la exigencia, la pureza ética y el racionalismo del intelectual frente a la imperfección, la contaminación y la frecuente irracionalidad de la política. Se piensa que su "marxismo existencial" ha perdido actualidad y que Sartre es ahora, como nunca, más un filósofo, un intelectual que un político, sin haber abandonado, empero, su simpatía por la revolución China y la de Castro, ni su "compromiso" con la revolución en sí misma y con una especie de individualismo anár-

quico renuente a someterse a "la cosa" (el sistema soviético) y a "esos guijarros que son 'las ideas de Mao'". Obras políticamente importantes: *Crítica de la razón dialéctica*, *El diablo y el buen Dios*, *Manos sucias* (teatro).

Frantz Fanon, médico negro nacido en Martinica y establecido en Argelia, es autor del concepto de "los proscritos (o malditos) de la Tierra", los nativos de los países colonizados, los verdaderos pobres e ignorantes de las sociedades avanzadas, y no los proletarios aburguesados sin convicción ni pasión. Murió muy joven en África en los dramáticos tiempos de la lucha liberadora de Argel contra Francia, y fue francamente partidario de la violencia, sobre todo en la campaña anticolonialista. De él dice el comentarista Aristid Zolberg que "el lugar de Fanon en la historia política dependerá más de la parte que ha tenido en la creación de una actitud política y de su asociación emotiva con determinados movimientos, que del mérito intelectual intrínseco de sus obras. Aunque su programa es vago y su doctrina incompleta, algunas de sus profecías sobre la posindependencia de África ya se han cumplido".

Ronald D. Laing, psiquiatra escocés, dicen los traductores, es uno de los teóricos de la "nueva izquierda" que mayores contribuciones ha hecho al marxismo de última instancia. La esencia de su planteamiento revolucionario, partidario también de la violencia para la lucha por la liberación total del hombre, podría estar contenida en esta cita recogida por el ensayista David Martin: "Únicamente mediante el descubrimiento de una libertad, de una opción en la actuación personal, hecha en presencia de todos los determinismos, restricciones o predestinación, podremos llegar a la comprensión de una persona en toda su realidad." Obras importantes: *Dialéctica de la liberación*, *El ser dividido*.

En el difícil camino de transición de la teoría a la acción y del "amor a la Humanidad" a la violencia im-

placable, aparece la figura del *Che* Guevara. Su prédica contra la enajenación o alineación que engendran los incentivos materiales y en pro de sustituirlos por el "compromiso", la entrega total a la "lucha hasta la muerte" lo condujo al trágico final de la mal concebida aventura guerrillera en Bolivia. La romántica figura del *Che*, convertida en leyenda y símbolo, se levanta con ventaja por sobre los acomodaticios revolucionarios de pluma y manifiesto, o de confortable *living-room*, aún al margen de la disconformidad que se pueda tener con sus esquemas políticos y métodos revolucionarios.

El "Poder Negro", con sus principales exponentes Stokely Carmichael y Eldridge Cleaver, plantea la lucha de clases transpuestas al campo de la lucha racial y racista de los negros, como "clase" secularmente oprimida, contra la "clase" opresora de los blancos. Algunas características de este planteamiento están escritas en el capítulo del capitalismo norteamericano. Sólo cabe recalcar que el "Poder Negro" adoptó el camino de la violencia por medio de organizaciones activistas como las "Panteras Negras" en hostil discrepancia con la resistencia pasiva e integracionista (entre blancos y negros), patrocinada y puesta en práctica por otros líderes negros como Martin Luther King Jr. y Roy Wilkins.

En último análisis, las conquistas logradas en favor de los negros norteamericanos (ejercicio de derechos políticos, integración en la educación, en los servicios públicos y los empleos, etc.) son incomparablemente más el fruto de las campañas de resistencia pasiva y de acción parlamentaria en el Congreso norteamericano, que de los actos terroristas de las "Panteras Negras" cuya fugaz vigencia tuvo su apogeo a fines de los años 60.

En medio de las sutilezas intelectuales que individualizan a los ideólogos de la "Nueva Izquierda", hay

denominadores comunes que los vinculan: a) desilusión, en mayor o menor grado, con los resultados prácticos de la revolución marxista, especialmente en su versión soviética, considerando que ella crea nuevas formas de opresión, represión, estratificación y absorción totalitaria de las que es víctima el ser humano; b) búsqueda de una fórmula socio-política que concilie los conceptos y valores del individuo y de la sociedad; c) decepción respecto del proletariado (aburguesado) como fuerza revolucionaria y adopción de los "proscritos (o malditos) de la tierra" como instrumento y objetivo revolucionario, especialmente en los países subdesarrollados sometidos al colonialismo o neo-colonialismo; d) aceptación del marxismo como filosofía socio-política más que como teoría económica (que en muchos aspectos, sobre todo en el pronóstico sobre el desarrollo capitalista, se considera fallida); e) adopción de la violencia como método de lucha; f) inclinación a la posición básica antiestatista del anarquismo, como repudio a la opresión estatal y también a un plan semejante al de la "revolución permanente" del trotskismo; g) falta de programa concreto sobre lo que se haría una vez consumada la revolución—"no sabemos ni nos interesa lo que ocurrirá después, dicen los jóvenes revolucionarios, nuestra tarea consiste solamente en destruir los actuales esquemas imperfectos, injustos y destructores de la personalidad humana"—; h) conflicto interior angustioso en busca de una conciliación entre la exigencia purista y racional del intelectual y la realidad política impura e irracional.

Esa búsqueda hace decir a Herberth Luthy en su obra *La izquierda sin hogar de Francia*: Jean-Paul Sartre, por encima de todo, aun en sus escritos polémicos y en sus obras teatrales, nunca trata otro tema ni tuvo otro compañero de conversación que él mismo; entre sus seguidores se ha creado toda una literatura que es obra de intelectuales, para intelectuales,

acerca del *intelectual*, en la que cada rizo (leve ondulación) de la superficie del agua del estanque que es este club de discusiones literario-político-filosóficas, se convierte en un monumento de la historia del pensamiento."

SOCIALISMO REFORMISTA

¶ *Eduard Bernstein*. ¶ *Crítica del marxismo*. ¶ *La doctrina revisada*. ¶ *La "evolución orgánica"*. ¶ *El Partido Social Demócrata en Alemania*. ¶ *El fabianismo y el Partido Laborista en Inglaterra*. ¶ *Glosa*.

EL SOCIALISMO reformista, también llamado socialismo evolutivo, socialismo revisionista, gradualismo o democracia social, tiene como padre a Eduard Bernstein, pensador y político judío alemán nacido en 1850. Aun en las épocas más agitadas de su vida pública cuando muy joven, se aferró con notable tenacidad al empleo que su padre le había conseguido en un banco; el detalle es revelador respecto a la psicología del personaje, y parece concordar con el espíritu de su doctrina.

Bernstein no fue un gran caudillo. Se le recuerda más bien como ideólogo dotado de una gran capacidad analítica, y hombre de inquebrantable honradez intelectual, dispuesto siempre a sacrificar conveniencias políticas en aras de sus convicciones.

Nació el socialismo reformista en aquel periodo turbulento y germinal que fue la segunda mitad del siglo XIX, cuando, bajo el influjo de los problemas creados por el agigantamiento del capitalismo industrial, empezaron a tomar cuerpo las teorías socialistas contemporáneas. El socialismo utópico estaba ya descartado; sus soluciones resultaron ineficaces para resolver el conflicto económico-social moderno. El *Manifiesto comunista* y *El capital* de Marx sacudían al mundo occidental, esbozando en el horizonte el perfil de aquel "fantasma que se yergue sobre Europa", de que hablaba el *Manifiesto*. Las grandes masas de trabajadores buscaban, aquí y allá, trincheras ideológicas y métodos de acción política para reivindicar sus derechos.